

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski,  
*Historia natural y mítica de los elefantes* (Buenos Aires: Ampersand, 2019).**

**Marina Rieznik**

*Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET  
marinarieznik@gmail.com*

*Fecha de recepción: 07/05/2019  
Fecha de aprobación: 27/05/2019*

**H**istoria natural y mítica de los elefantes de José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski es una historia de las representaciones artísticas, míticas, religiosas y científicas del elefante que funciona, a la vez, como una historia ejemplar de la circulación de los símbolos, de los desplazamientos de significados y de la importancia de los aspectos materiales que condicionan o potencian la difusión de las imágenes. Se trata de un libro en extremo erudito (por el calibre de su investigación, por sus referencias, por la delicadeza de la escritura) pero que tiene, al mismo tiempo, el objetivo declarado de mostrar que lo mejor del conocimiento y de las artes puede ser aprehendido por cualquiera que ame leer y contemplar imágenes. Los autores marcan con otro color de letra los pasajes que consideran más bellos y claros, de modo de incitar la lectura de los preadolescentes y adolescentes.

El libro tiene 311 páginas y una estructura clara. Se presenta primero al animal, o mejor dicho a las imágenes asociadas con el uso que la humanidad hizo del paquidermo: animal de guerra en un primer capítulo; animal presente en espectáculos y en la vida cortesana en un segundo. Los capítulos subsiguientes trabajan estas imágenes en su diacronía, en un recorrido que aborda la Antigüedad clásica, el Renacimiento, los viajes y navegaciones de los siglos XVI y XVII y llega hasta la cultura científica de la Ilustración. La edición contiene 44 imágenes, pero Burucúa y Kwiatkowski reunieron y dispusieron además un repertorio mucho más amplio (aproximadamente 390) en un Google Map. Allí, es posible encontrar links de internet que conducen a referencias textuales, mosaicos, frescos, pinturas, tapices, grabados, afiches, fotografías, esculturas, relieves, taxidermia, objetos y edificios. En fin, toda una imagería visual “elefantiástica”.

Para quienes siguen algunos devenires de la historia del arte, este libro implica volver a las perspectivas de análisis de Aby Warburg y su pregunta por la supervivencia de lo antiguo en la cultura moderna. Hace más de quince años, en una entrevista publicada en el suplemento *RADAR* del diario *Página/12*, Martín Paz le preguntó a Burucúa si los “topos” que Warburg desenterraba de las imágenes que analizaba eran arquetipos inmutables, universales, presentes en todas las culturas. Burucúa respondió que, contra lo que una interpretación contemporánea de las ideas de Warburg quiere subrayar, por detrás de esos motivos comunes de las imágenes sucesivas no pueden suponerse arquetipos de significación ahistóricos<sup>1</sup>. Pues bien, en este libro los autores demuestran que es imposible entender la increíble pervivencia de los “motivos” a los que se asocia a este animal —como actos icónicos o estéticos— sin señalar también su mutabilidad y su historia. Una historia que, por cierto, los autores apuestan a seguir cambiando, en tanto pretenden contribuir con su libro a restablecer el amor de la humanidad hacia el animal y el sentimiento de la imperiosa necesidad de su conservación (p. 62). La meta es concebida también como un acto estético de cuidado de la belleza y majestad de la naturaleza.

El libro rescata lo que, según Burucúa, es ejemplar en el análisis de Warburg: una acumulación exhaustiva de información sobre períodos históricos acotados, realizada sin perder al

---

1 Martín Paz, “El señor de las imágenes”, *Página 12*, Suplemento *RADAR*, 9 de noviembre de 2003. Disponible en línea: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-1046-2003-11-09.html> Consultado el 7 de mayo de 2019.

mismo tiempo una visión general del proceso histórico. De este modo, muestran la asociación de imágenes, sus analogías, sus parentescos, sus linajes, en el despertar de temas antiguos en horizontes históricos diferentes. Así, aparecen como *topoi* del carácter del elefante el énfasis en su bondad, inteligencia, piedad, castidad y prudencia. Otros simbolismos asocian a los elefantes con el poder, o con la idea misma de Estado, cuando estos animales son montados por reyes, kanes, sultanes y marajás (p. 172). Estos motivos son entendidos por los autores en base a la circulación histórica de textos e imágenes entre Asia, África, Europa y América (p. 61), lo que les permite ir distinguiendo cuándo las imágenes provenían de relatos contemporáneos; cuándo de linajes de imágenes anteriores; cuándo se derivaban de elefantes que se tenían a la vista; cuándo las limitaciones materiales del medio en que se estampaban las imágenes imponía una modificación a la reproducción de las mismas, etcétera.

La trompa del elefante nos lleva a las guerras y a la circulación de los paquidermos como tropa militar, como trofeos o como prenda de diplomacia desde la antigüedad. Nos encontramos también entonces con elefantes cortesanos, astutos, bromistas. Una de las primeras cuestiones que remarcan los autores es que los antiguos pensaban a los animales de una manera muy distinta a la nuestra. Entonces había una convicción de la proximidad entre humanos, dioses y animales (p. 26) y los autores repasan convincentemente las muestras de esta cercanía en fuentes literarias y artísticas, asociadas a las imágenes paquidérmicas. En la Antigüedad aparece entre griegos y romanos una enorme variedad de información que sería luego reapropiada en otras épocas: el paquidermo rinde oración a los dioses y se purifica con agua cuando sale el sol, realiza ritos de adoración alzando sus trompas a los astros, dirige plegarias a la luna cuando está enfermo y son conocidos sus rituales cuando muere uno de los miembros de su especie. Por todo ello, serían los animales más amados por los dioses. Asimismo, se recuperan relatos sobre los elefantes enamorándose de humanas y acercándose a ellas con sus caricias, en fin, son sensibles también a los placeres del amor, a la música y a la gloria (pp. 91 y 94). Entre las informaciones más llamativas que se han retomado por siglos se encuentran las menciones reiteradas a la imposibilidad de los elefantes de flexionar sus rodillas traseras y al hecho de que su cópula se producía con la elefanta “panza arriba” como entre los seres humanos.

En el Medioevo, cuando ya el divorcio radical entre los humanos y los animales estaba bien marcado, nos muestran los autores los matices de esta división, inclusive hacia el final de este período, cuando seguían reproduciéndose, citando y circulando los bestiarios cristianos antiguos (pp. 27 y 97). Circula entonces la asociación entre el elefante y Cristo en las imágenes y en los relatos y además descubrimos al elefante no sólo en el arca de Noé, en la imágenes de la creación e inclusive llevando a la Virgen, sino que nos enteramos de cuán cerca estuvimos de que los niños cristianos esperaran el día de Reyes no sólo a sus camellos, sino también a sus elefantes. En esta parte del libro nos encontramos, por lo menos desde el siglo XI, con asombrosas formas de combinaciones entre los mitos de la narrativa india y los relatos cristianos europeos en torno a los elefantes.

Las expediciones transoceánicas y la literatura de viajes de los siglos XVI y XVII engrosaron los recursos de la fantasía en torno del animal. Pero también apareció entonces un cúmulo de nuevas observaciones. Por ejemplo, el mayor contacto con especímenes africanos no domesticados cambió la percepción sobre la pasividad y tranquilidad del paquidermo (p. 156). Por otro lado, la vida y muerte de los animales en el circo es otro de los motivos frecuentados por la pintura en el siglo XVII, y entre las anécdotas reunidas en torno a estas pinturas seguimos notando la tensión entre la separación del animal del hombre por un lado, y la persistencia de los *topoi* de sus similitudes con el hombre, por el otro. Valga como ejemplo de esta tensión una escena relatada por Plinio que es recuperada en esta época: ante una herida mortal sufrida en el ojo de uno de los elefantes reunidos en un espectáculo de combate entre elefantes organizado por Pompeyo, los paquidermos intentaron huir barritando de un modo desgarrador parecido a un llanto, provocando el llanto de los espectadores que se levantaron y abandonaron el espectáculo maldiciendo al organizador.

El libro señala algunas de las sinuosidades del desarrollo del saber científico moderno desde el siglo XVI. En realidad, sólo a partir de 1630-1640 las descripciones antiguas empezarían a ser discutidas y ocasionalmente rechazadas (p. 151). No se objetaban entonces sólo temas como las articulaciones de sus miembros, sino que en la filosofía de la época se empezaba a cuestionar la comunidad de caracteres entre el elefante y el ser humano. La separación teórica entre animales y

humanos llevada a un extremo fue propugnada por ejemplo por Descartes, para quien la posesión (o ausencia) de razón y entendimiento implicó la posibilidad de tratar a los animales con gran violencia, desoyendo sus gritos, al equipararlos al ruido de un resorte de una máquina (p. 30).

No obstante, en los inicios del saber científico moderno sobre el elefante, las intenciones empíricas y experimentales baconianas se solapan con citas de Aristóteles, Plinio y Eliano (p. 135). Asimismo, el humanismo literario y científico en el siglo XVI estrechaba lazos con la estética visual del renacimiento, lo que reforzaba la reaparición del paquidermo en escenas mitológicas e históricas (p. 136). El humanista francés Gilles, por ejemplo, había compilado gran cantidad de información sobre los paquidermos, y nos encontramos con que en gran parte repetía los *topoi* antiguos. Ya en 1555 escribía un opúsculo sobre la disección de un elefante indio que había sido obsequiado a Francisco I y que había muerto de fatiga, y decía allí que se comprobaba como falsa la ausencia de articulaciones en los miembros del animal (p. 131). Los autores lo señalan como el primer informe científico redactado por un europeo sobre la disección de un gran animal.

En 1681, en la Academia de Ciencias en París, se diseccionó una paquiderma que había vivido más de trece años en Versalles. Esta operación, que se hizo a la vista de Luis XIV y fue registrada en imágenes (p. 86), permitió avanzar en la comprensión moderna sobre la anatomía y fisiología del animal. Pero el camino nunca era lineal: todavía a comienzos del siglo XVIII los autores recuerdan el estudio histórico de otra disección, dirigida por un cirujano francés junto a algunos ingleses y colonos. Si bien el relato de la disección da cuenta del giro empírico que la historia natural de los elefantes tomaba en tiempos de la ilustración, la operación contó con la ayuda de informantes y cirujanos locales expertos en la cría de elefantes y en el relato de la operación se antropomorfizaba al elefante y se construía una narrativa apegada a las tradiciones de las etnias que estaban colaborando con los médicos.

Asimismo, en el inicio del saber enciclopédico del siglo XVIII, junto a las imágenes de la observación en gabinetes se seguían produciendo otras que procedían de las estampas e imágenes antiguas (p. 180). Es decir, la base erudita y libresca se continuaba imponiendo ampliamente a las referencias de observaciones directas y prevalecía la tradición (p. 190). Recién Diderot a mediados del XVIII pondrá seriamente en duda los *topoi* sobre las virtudes de los elefantes y construirá el re-

lato desde un nuevo punto de vista científico (p. 198). Aun así, obras de otros enciclopedistas siguieron utilizando las referencias clásicas hasta principios del siglo XIX.

Lo cierto es que el marco más general para dar cuenta de la relación del hombre con el animal desde mediados del siglo XVIII, los autores lo retoman de lo señalado por Derrida. Desde entonces los desarrollos conjuntos de los saberes etológicos, zoológicos, biológicos y genéticos condujeron a una crueldad y sometimiento sin precedentes sobre los animales (p. 33). De todos modos, con el correr de los años y en la medida en que la naturaleza iba dejando de ser un oponente abrumador de la civilización y que se conseguía avanzar en el control sobre la misma, las representaciones sobre ella que antes inspiraban temor y desprecio se transformaron. Lo mismo ocurrió con los animales: se avanzaba entonces, en consonancia con el romanticismo, a una nueva celebración de la naturaleza. Ya en el siglo XIX, los autores muestran el giro darwiniano que contiene el ejemplo del llanto del elefante como muestra de la continuidad expresiva entre las emociones del ser humano y la de los animales. La cuestión se va a transformar en fundamental durante el siglo XX cuando algunos movimientos importantes pongan el eje, a la hora de pensar en la actitud del hombre hacia los animales, ya no en la cuestión de si los animales razonan o no, o si tienen un alma, sino en la pregunta de si acaso los animales sufren. En ese sentido, la electrocución de una elefanta Topsy el 4 de enero de 1904, filmada por los empleados de la compañía Edison, vale como ejemplo para los autores del nivel de salvajada que hemos cometido contra estos animales en los albores del siglo XX (p. 53).

El relato se detiene en una época en que el exterminio se acrecienta y los actos atroces se multiplican. Los autores eligieron este corte en un momento en el que la crueldad de los seres humanos se mostraría de manera más categórica, y se desgastaría también la esperanza que los autores, o por lo menos que sus relatos, sostienen: la humanidad va a encontrar una salida. En ese sentido, quiero finalmente hacer una mención al sentido político de este libro. Cuando los autores subrayan la simetría entre aspectos animales y humanos, ciertamente no lo hacen desde una perspectiva posmoderna e inmovilizante, en donde hombres y animales están imbricados en una red homogénea y donde las responsabilidades son diluidas. Los autores escriben con una clara intencionalidad política en la que a los humanos les toca una responsabilidad ineludible: con-

seguir que nuestros nietos vivan en un mundo donde la crueldad contra los elefantes haya cesado. Sin embargo, en este libro esa tarea está planteada como una responsabilidad que la humanidad tendría como un todo.

La contracara del planteo de una responsabilidad compartida, que todos tendríamos, es que permite ese hilo de esperanza en el que parece que está en manos de quienes sentimos compasión la posibilidad de cambiar ese destino. Sin embargo, un segundo libro sobre los paquidermos está en preparación por parte de los autores, y entrará de lleno en el siglo XX, es decir, en la asociación estrecha entre la cuasi extinción de los paquidermos y los intereses capitalistas que aprovecharon al máximo el comercio de marfil y la extracción de recursos de los continentes colonizados. En el camino de esta devastación animal y natural, se esclavizaron a poblaciones enteras. En este sentido, es probable que aflore en ese segundo tomo o bien un pesimismo radical, o bien la perspectiva de que el planteo de salvar a los paquidermos no se puede hacer sino poniendo el acento en intereses concretos asociados al tormento que nuestra propia especie se autoinflige en la lucha de clases. Sea cual fuere la opinión de los autores, ciertamente el debate estará planteado, como ya lo está en *Historia natural y mítica de los elefantes*, en el plano de la política, de la historia y de sus posibilidades materiales y simbólicas. Apostaremos a que estos libros sean apropiados por un horizonte en el que el intento de romper las estructuras que hacen al hombre esclavo del hombre, pueda también salvar a los elefantes de desaparecer de la faz de la Tierra.